

Texto compartido en unplandivino.net

Hay un audio o audios de lectura de este texto. Ver la *página* asociada (enlace abajo), que contiene enlaces al audio, etc.

Título y enlace de esa página:

- “Recordatorios, 4: *Lo que no es el amor, ejemplificado con ‘la naturaleza’*”
- Enlace: <https://www.unplandivino.net/recordatorios-4>

- *Advertencia sobre la lectura*: el último apartado es un vocabulario, pues algunas palabras quizá no son muy habituales, ya que estoy “jugando”, influido en parte por cosas literarias; es decir, por ejemplo por novelas de Galdós, Pereda, etc. (si hay alguna palabra que se siente poco habitual, quizá pueda encontrarse su significado en el último apartado). Sobre esa influencia y posibles desencarnados en ella, ver el penúltimo apartado.

- Los otros textos de “recordatorios” se pueden hallar en la misma web enlazada.

(licencia de este documento: *Creative Commons: CC BY-NC-ND 3.0 ES; Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España*: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/>)

Versión 1.03. 30 de abril, 2023 (primeras versiones: 8 / 9 marzo, 2023)

Índice

Introducción: el marco; desarrollo de nuestros deseos para desafiar miedos, y relación con el arrepentimiento; naturaleza.....	1
Lo que el amor no es, y la naturaleza.....	6
El amor nunca es dolor, nunca es doloroso.....	7
El amor no es sacrificio.....	8
El amor no es “justicia”.....	9
El amor no tiene expectativas (no exige, no demanda).....	10
Vivir en el miedo... del desarraigo.....	12
Nota sobre la redacción de este texto: literatura y guías espirituales, inspiración, Galdós y cegueras varias.....	15
Algo del vocabulario usado y definiciones que puede venir bien repasar.....	17

Introducción: el marco; desarrollo de nuestros deseos para desafiar miedos, y relación con el arrepentimiento; naturaleza

En esta introducción vamos a hablar sobre lo que nos va a pasar en este experimento de la vida, una vez que queremos asumir este camino de la relación de amor con Dios.

Vamos a ver quizá algo de lo que podríamos llamar “el marco”, un marco que nos sirve para entender eso que vamos a sentir, en cuanto a sentir el daño que hay en nuestra alma, para que ese daño, ese error, pueda irse... y podamos sustituirlo con la verdad a nivel emocional, y crecer así en amor.

Pues una vez que realmente, más o menos a trancas y barrancas, nos relacionemos con Dios, vamos a ir siendo más sensibles (“más sensibles”... en cierto sentido a discernir).

En concreto, vamos a usar el ejemplo que quiero que protagonice este texto y audios del cuarto texto de “recordatorios”: es el caso de “nuestros problemas con la naturaleza”; es decir, problemas “como civilización”, y problemas “personales” que tenemos con “la naturaleza”.

Para ello, propongamos primero sentir un poco ese “signo de miedo”, ese signo que parece evidente que está ahí... y que es el hecho de estar rodeados de *campos arrasados*, que casi anuncian

desiertos.

Esto pasa en muchas ciudades o pueblos grandes, donde todos, ahí acumulados, estamos en realidad aterrorizados, pero disimulando... y es como si simbolizáramos ese miedo y lo propagáramos continuamente con estos modos de vida... con la participación en estos modos de vida “arrasados” y “que arrasan” (“arrasados” en parte por lo inexpressivos... por la normalización de cierta represión emocional, con sus formas asociadas y distorsionadas de “falsa liberación”... –“ortopedizados”, pues, como me gusta decir... “ortopédicos” perdidos... ahormados ahí–).

Así, tenemos este simple “símbolo” de nuestra alma herida, y que sería la conjunción entre los campos de monocultivo por un lado, esos campos arrasados... y por otro lado la gente apelotonada en las ciudades –más o menos aterrorizada, en realidad–.

Tenemos ese signo de miedo que son los monocultivos, que representarían esa desertificación galopante que creamos los humanos, tan aterrorizados y apelotonados como estamos en las ciudades, unos encima de otros, en colmenas de “creación artificial de escasez”, y casi recreándonos en un “miedo a sobrevivir” que es continuamente creado artificialmente a base de mucho maltrato emocional que nos hacemos mutuamente para “normalizarnos” (a los niños, etc.)... atosigados mutuamente por nuestra propia “basura” emocional... esa que le echamos a los demás “sin querer queriendo” (tal como vimos, recientemente en otro recordatorio, en casos extremos, al hablar de “*cámaras de reverberación infernales*”)... rodeados de esos monocultivos, habiendo arrasado los protectores bosques, sin, por decirlo rápidamente... sin querer “combinar más prudentemente” lo rural y lo “ciudadano-civilizado”...

Entonces:

- Con una “mayor” relación personal con Dios,
- y debido a que Dios nos ve a cada cual “al completo” (“leyendo” el alma),
- y debido a que nos ve como esos seres *esencialmente únicos* que cada cual somos...

... entonces, si quisiéramos una mayor relación con Dios, todo ese daño “a la naturaleza” que literalmente hemos ocasionado en el pasado y que ocasionamos ahora... todo ese daño ocasionado mediante nuestra participación inercial (o no tan inercial, no tan “sin querer”, cuando vamos siendo adultos) en la vida social y en los usos dañinos “contra la naturaleza” –todo ese “daño al entorno natural”–, va a ser inevitablemente más *sentido* en nuestras vidas por nosotros, como seres más y más sensibles a “ser alma” (“ánimo”).

Y así, si somos *humildes* (es decir, si deseamos apasionadamente sentirlo todo, como define Jesús la humildad –tan amplia, simple y clarificadoramente–), entonces, de manera espontánea, gracias al desarrollo del “órgano” del alma que es esa humildad, nos van a surgir medidas de *reparación* amorosa.

Y es como que así, en el fondo, todo eso... todas esas medidas... son muestras de la ayuda a Dios en su ser regenerador, o su tarea literalmente *regeneradora*.

Pues siendo amor, Dios podemos decir que “regenera”, tal como hace el amor, pues el amor es claramente regenerador de todo lo que hay en la vida, y en todas las dimensiones o modos de existencia.

Si tenemos unos deseos que, con digamos “bastante seguridad”, reconocemos que son deseos “bastante armónicos con el amor”; y si además queremos crecer en amor (que sería lo natural por diseño, tal como estaremos comprobando en este experimento), entonces hemos de perseguir apasionadamente esos deseos.

Pero, de cierto modo, hemos de hacer eso estando siempre “alertas” para ser sensibles a los resultados, a las *consecuencias* de nuestros actos y de lo que sentimos o dejamos de sentir mientras tanto.

Es decir, no se trata de simplemente “volverse locos”, pues se trata de poder seguir usando el discernimiento para evaluar las cosas que hacemos, las cosas que sentimos... en cuanto a cuáles de esas cosas son o no son *armónicas con el amor y la verdad*.

Y todo ello sobre la base de cultivar el *deseo de sentirnos a nosotros mismos*; es decir, de sentir nuestra *personalidad única* como alma, nuestra alma (que es mitad de un alma completa, y por lo tanto el proceso incluirá, por cierto, el regalo de poder sentir más y mejor a nuestra alma gemela, ya sea que sepamos ya quién es, o no).

Lo digo porque, tal como estamos aprendiendo, resulta que al querer huir de miedos, etc., nos resulta muy fácil *salirnos* casi literalmente de nuestros cuerpos, aunque suene raro.

Esto sucede a resultas de que a menudo no queríamos o no queremos sentir a fondo nuestras vidas.

O sea, a menudo no queremos sentir nuestra *vida como almas*, es decir, nuestro “ánimo”, ese ánimo que tan profundamente anima “desde dentro” nuestros dos cuerpos (espiritual y físico) y nuestra vida en general –con sus accidentes, eventos de la ley de atracción, etc.–.

Y así, si “no estamos donde estamos”, sucederá incluso que nos saldremos literalmente del cuerpo. De hecho, así lo hacemos, tal como nos recuerdan a menudo Jesús y María Magdalena, pues eso es lo que en gran medida nos sucede cuando no estamos “viviendo nuestras vidas” (y podríamos quizá llamarlo así: “ir como zombis”).

Al seguir y perseguir más o menos apasionadamente nuestros deseos, podremos ir sintiendo los *miedos* que nos impiden “vivirlos”.

Y si desafiamos esos *miedos*; es decir:

- si los afrontamos y tratamos como “amigos” que nos indican en realidad por dónde ir para *crecer en amor*...

- y si de ese modo vivimos más y más en esos deseos (cada vez más imaginativamente *inspirados*, y con una *aspiración* cada vez más creativamente pura)...

- y si esos deseos son armónicos con el amor...

... entonces, esa vivencia redundará en el bien para todos, pues como esos deseos son armónicos con el amor, el proceso nos va a beneficiar a la vez a nosotros y al resto de personas y seres vivos.

El amor es reparador, decíamos, y Dios, simplemente por ser lo que es, “desea regenerar”, reparar todo; y si nos aunamos poco a poco con Dios, o si hacemos eso todo lo ágilmente que podamos (desafiando nuestros miedos, esos miedos que nos impiden siquiera acceder a nuestros deseos y a purificarlos)... entonces nos surgirá espontáneamente “de dentro” un deseo cada vez más grande de ayudar a Dios en esa reparación o regeneración de todos los aspectos... y ello sin sacrificio, sin “esfuerzo sacrificado”.

Para ilustrar un poco “lo que no es el amor”, nos vamos a enfocar en lo relacionado con *la naturaleza*, esa que a veces es “la última mona”, “el último mono”.

La naturaleza es a menudo, y con razón, “la última mona” en esta película de la vida; pues siendo que las almas son la creación más grande de Dios, entonces, realmente, en general, el daño causado a otras personas es prioritario para nosotros (el daño que causamos a cada momento en que *dejamos de hacer* cosas que podríamos hacer para ayudarnos entre todos a deshacer el miedo... o a cada momento en que hacemos cosas que irradian más el miedo).

Es decir, en general es como más relevante, y de un modo más directo y personal, todo ese daño que hemos causado en las almas de, por ejemplo, niños abortados... o de las parejas que hemos tenido, etc.

Es decir, hablando de prioridades, diciéndolo rápidamente: puestos a elegir, es “menos malo” matar un animal que una persona (por ejemplo, con un aborto, quebrantando así el libre albedrío de un alma recién encarnada en el útero –su libre albedrío con respecto a la vida física, podríamos decir... y en esta “cuna del alma” que es el planeta físico–).

Este daño, el relativo a “aquello sobre lo que habrá que sentir (arrepentirse) en cuanto a lo hecho a otras almas y que también nos dañó a la vez a nosotros”... este daño directo “de persona a persona”... tiene unas causas emocionales muy relevantes. Lo que quiero decir es que son más relevantes en comparación con el “daño a la naturaleza”, en cuanto que el daño hecho a otras personas nos pesa mucho más en la “suma actual” de nuestro dolor emocional y físico, y, claro está, a la vez pesa mucho en la suma de los respectivos dolores que puedan todavía tener y estar viviendo como “yo herido” todas esas almas cuyo daño cae en parte bajo nuestra responsabilidad.

Volviendo entonces a “los deseos”.

Mientras desarrollamos nuestros deseos, y, a la vez, durante ese proceso, vamos desarrollando también una relación de *anhelo por la verdad*, de *anhelo por el amor*... y “a ser posible” una relación cada vez más personal con Dios (es decir, una relación de amor con Dios)... entonces, el resultado inevitable será el de volvernos cada vez más sensibles a *todo* el daño que hemos causado en la vida: al causado en nuestras vidas y en las de los demás.

Y una parte de ese daño es el relativo a todo lo que podríamos llamar “arrepentimiento respecto a la naturaleza”.

Vimos que el arrepentimiento es simplemente el proceso de *sentir* esa emoción de daño, esa “emoción dañada”, esa “emoción errónea”.

Y este caso llamado así, “arrepentimiento”, pero en el caso de “la naturaleza”, es cuando dicha emoción se relaciona con lo que hemos dañado nuestra alma al actuar (más o menos inercialmente, da igual) “en desarmonía con el amor al entorno” (o al dejar de actuar en armonía con el amor al entorno).

Ese daño hecho a veces muy “por sistema” –el daño “a la naturaleza”– repercute luego en daños que son digamos que hechos “indirectamente” a otras almas que encarnarán en el futuro, y en daños hechos ahora y en el futuro a los sistemas vivos terrestres, etc.

En este proceso, hablando ahora en general, nos vamos a *ver* a nosotros mismos de forma más honesta, en general; y esto puede ser una etapa difícil, o puede dar inicio a una etapa bien dura, difícil.

Pues ahora vamos a sentir más y mejor nuestro entorno emocional, y podremos tomar mejores decisiones en cuanto a que éstas estarán mejor informadas (por el aspecto emocional, por lo álmico); y es que, como vimos, lo causal es el alma, lo emocional... es decir, el ánimo, las emociones, deseos –los nuestros y los de otros–, y que notaremos mejor.

De ese modo, por lo tanto, reconoceremos y admitiremos más y mejor nuestra propia alma, que por un lado tendrá toda su verdad –mucha o poca– ya “adquirida”, ya absorbida... pero que, por otro lado, todavía tendrá también a la vez muchos de todos esos daños (error emocional) que nos queden todavía por desalojar del alma, y que, a ser posible, y gracias a nuestro deseo, en este camino serán disueltos por “la vía rápida” de la relación de amor con Dios... la vía que parece ser la más “bonita” (anhelando su amor, mientras sentimos esas emociones erróneas y somos humildes con ellas).

Como decíamos, el ejemplo que usaremos aquí es el de una parte de esos daños relativos al arrepentimiento: los daños en relación a todo lo que hemos contribuido en el “daño a la naturaleza”.

Y ya por el mero hecho de nacer en una “cultura” o civilización somos metidos inercialmente en procesos y usos que son dañinos, que normalizan el daño a la naturaleza.

Y no por ser inerciales y por ser “lo normal”, no por ser lo realizado más o menos “sin querer queriendo”, no por ello... esas serán cosas menos dañinas para nuestras almas cuando nos sumamos a ellas –cuando nos sumamos a esas prácticas dañinas–, una vez que *ya* somos algo adultos y que por lo tanto ya tenemos un poco ejercitado nuestro libre albedrío.

Es decir, esas actitudes y actividades desarmónicas “puntuán” mal en nuestra alma y afectan al alma de todos, una vez que somos ya lo bastante mayorcitos.

Son cosas tan simples como *comer carne*. Este de la carne es un caso muy fácil de describir, y

uno muy utilizado por Jesús, siendo que además los efectos de esa participación son muy notorios (es decir, nuestra participación en ese uso tan desarmónico de tierras, recursos y personas... en lo que se realiza para poder ingerir cadáveres de animales, y otros “productos” similares).

Entonces, ese “daño relativo al arrepentimiento” con respecto por ejemplo al “daño a la naturaleza”, y cuando ya vamos dejando de ser niños o niñas que son metidos en ello “por sistema”, más inconscientemente... y que por lo tanto, al ser más adultos vamos siendo más autoconscientes y tenemos más desarrollado el libre albedrío... ese daño, entonces, es alojado y se queda como alojado en nuestra alma, en cuanto que causas emocionales.

Son unas causas que bloquearemos o que usaremos así como para bloquearnos, y para quedarnos viviendo más o menos intensamente en esas *emociones bloqueadas*, unas emociones que son *desarmónicas con el amor* (todo tipo de miedos, etc.).

Y, como vimos, en este caso relativo al “arrepentimiento con la naturaleza”, también se trata del daño que habrá sido creado *en las almas de otras personas*, y más o menos indirectamente por nuestras acciones (o falta de acción), en el sentido de que lo que hemos hecho o dejado de hacer al entorno afectará no sólo por ejemplo a la gente que hemos “usado” para que mate o torture animales que luego nosotros aprovechamos (en nuestro “cuidarnos desarmónico”, en nuestro comer desarmónico), sino por ejemplo a la gente que en el futuro vivirá en ese marco emocional y físico de todo lo que hemos contribuido a crear o a dejar de crear, en el entorno, al bombear nuestro miedo... al bombear ese miedo y otras emociones desarmónicas que en parte habrán sido bombeadas por nosotros desde nuestra alma, hacia el entorno, y simplemente debido a que no nos quisimos *responsabilizar* de esas emociones –no quisimos ser humildes, en el sentido de desearlas sentir como “niños puros” para que se disuelvan como errores que son, errores destinados a ser soltados y simplemente a disolverse–.

En general, como vimos también, el entorno natural parece que siempre se ve obligado a *expresar* aquello que le arrojamos emocionalmente, así como a los niños también les pasa eso mismo, por ley natural.

Así pues, este texto y audios van a tratar de una simple sugerencia más para nuestras oraciones (nuestros anhelos de verdad personal (emocional), de verdad en general... de amor, etc.).

La sugerencia tiene que ver con que, al ir sintiendo la manera en que tratamos *la naturaleza* – ayudados por ejemplo de la invitación a sentir ese “símbolo” del que hemos hablado arriba– podemos sentir los *errores* relativos a *cuatro* cosas que el amor *no* es.

Son cuatro cosas que Jesús y María Magdalena plantean sobre el tema de lo que no es el amor, al hablar de la definición que en el mundo solemos dar al “amor”¹.

Por cierto, y también como recordatorio general:

Hablar del “amor” no es una tontería “subjetiva” o una “romantiquez” de tres al cuarto... tal como vamos viendo.

Personal y experimentalmente vamos comprobando que todo lo que en “la civilización” llamamos “problemas” parece tener que ver con *errores de concepto* en torno a lo que consideramos que es *cuidar* bien y cosas similares. Es decir, tiene que ver con *errores en la concepción* que tenemos del *amor*, de *amar*.

Esos errores son por ejemplo creencias falsas.

1 Estas observaciones de Jesús y María M. se pueden encontrar por ejemplo en el taller dado el 21 de mayo del 2011:

“The World's Definition Of Love S1”. <http://youtu.be/95YZ64EzJMo>

No existe la reencarnación generalizada, sino que es un fenómeno muy “escaso” y reciente.

Jesús y María Magdalena están “reencarnados” (aunque esta no es la palabra o concepto apropiado a usar) como personas prácticamente normales en Australia (hay otras pocas parejas más que también han “reencarnado”).

- Eventos, 2011: <https://divinetruth.com/sites/main/en/index.htm#download-event-2011.htm>

De tales creencias a veces podemos decir que están como sostenidas a su vez por emociones; o bien, diríamos que son directamente emociones; o bien, diríamos que esas creencias las producimos (nos las “creemos”) como parte de nuestros *bloqueos*, de nuestras capas de bloqueos; es decir, de todo eso que usamos para no tener que sentir, para no tener que ser humildes con nuestros miedos, etc. (y recordemos: si fuéramos humildes podríamos liberar de una vez, sintiéndolas, esas cosas que bloqueamos y nos dañan al bloquearlas).

Esas son pues unas emociones que están en desarmonía con el amor, y que son dañinas si las bloqueamos dentro de nosotros.

Son cosas como la ira, el enfado, la frustración; o cosas como el miedo, la pena, las vergüenzas... y esas “culpas” tan “artificiosas” que nos inventamos para evitar sentir el verdadero estado de nuestra alma y traspasar la vergüenza y otros sentimientos relacionados con lo que hicimos a otros o lo que nos hicieron (que a veces fue muy dañino).

Y recordemos, también: todo ello son pues emociones que, si vemos que producen “malos resultados”, eso sólo se debe a que se quedan *bloqueadas* en nuestras poderosas *almas*, y no porque las emociones sean “malas en sí”.

Y a la par vamos comprobando también que todo lo que consideramos “problemático” en los asuntos individuales, tiene que ver con errores en torno al amor, al cuidado.

Lo que el amor no es, y la naturaleza

Con el ejemplo de “la naturaleza”, vamos a invitar a sentir o a ver que:

- el amor nunca es *dolor*;
- el amor nunca espera nada con *exigencia*, demanda (no tiene *expectativas*);
- nunca se *sacrifica*;
- y el amor nada tiene nada que ver con la *justicia* –en el sentido más banal de “justicia”–.

Como decíamos un poco en la introducción, la “civilización” ya nos instala por defecto en ciertos usos sobre cómo tratar al entorno, a la naturaleza.

Es decir, más o menos automáticamente nos instalamos y ya estamos instalados, *como quien no quiere la cosa*, en unas maneras de gestionar la desarmonía respecto a cómo realmente es el amor (en concreto el amor al entorno: cómo es realmente este amor en su pureza, cómo lo define y lo es Dios).

O sea, adquirimos unas maneras de gestionar y de más o menos normalizar el *pecado*.

El tal “pecado”, técnicamente definido, como vimos –y el pecado visto por sus efectos, digamos–, es lo que desarmoniza nuestra alma en detrimento de nuestro bienestar a largo plazo, o mejor dicho, de nuestro bienestar según lo entiende y siente Dios; pues “lo que causa”, lo “causal”, es el *ánimo* que anima nuestros cuerpos, es decir, el alma, que está creada por Dios, y que es manchada cuando *cometemos* actos que están en desarmonía con el amor y la verdad, o bien, cuando *dejamos de hacer* actos en armonía con el amor y la verdad.

En hacer esto es evidente que participamos también de forma pasiva, por así decirlo. Es decir, como civilización, metemos a los niños sistemáticamente en una “trampa de pecado”, pues para poder participar y “ser normales” hemos de ser amoldados a ello mediante los comportamientos de unos “sufridos padres y madres” que se ven abocados a enseñarnos esos usos más o menos *a conciencia* (y todo ello en la inercia del miedo).

La “civilización” sería –y se serviría a la vez de– este “círculo vicioso de las generaciones”, “multigeneracional”, donde las personas normalizamos la demencia; es decir, donde las personas en seguida terminamos sintiendo como normales cosas como la enfermedad, la muerte, el dolor, etc.

Y respecto a nuestro tema hoy, también normalizamos creencias falsas, como la de que “el progreso conlleva destrucción” (destrucción de “la naturaleza”, etc.).

Y esto lo hacemos por defecto; es decir, normalizamos el pecado o vivimos como pez en el agua

en él, si no desarrollamos nuestra alma en el sentido de armonizarla con el significado real del amor, o sea, del “cuidado”, etc.... pero tal como Dios siente que estas cosas son (el amor, el cuidado, etc.).

En esto, decíamos, participamos “pasivamente”, en el pecado “contra la naturaleza” (es decir, lo hacemos mucho *por omisión*). Pero en tal pasividad hay más o menos pasión, en realidad, en el sentido de “pasión por cultivar la fachada”, por ejemplo. Es una pasión, esta, que está más o menos sin reconocer, por nosotros, pero que está bien empeñada en cultivar nuestra fachada personal (que también puede ser “espiritual”, “religiosa”, etc.).

Es decir, tendremos más o menos pasión a la hora de no querer reconocer el *dolor emocional* en el que vivimos respecto a este “daño a la naturaleza”, y que es un dolor emocional que nos hace ser y actuar en desarmonía con el amor intrínseco al plan o diseño divino.

Y tal como siempre recordamos también en estos audios y textos... todas esas cosas (esas emociones de miedo, etc.)... todas las emociones que no queremos sentir plenamente hasta el final, obligaremos a nuestro entorno viviente a que las sienta.

Y no hace falta recordar aquí cuán apasionadamente podemos defender “los frutos de la civilización” (que si tradiciones, religiones, familias, naciones... y todas esas cosas que, a menudo, en su esencia, no son más que desvaríos²...)..., lo apasionados, decíamos, que nos ponemos a la tarea de cegarnos ante la realidad de lo que sucede; es decir, de estar ciegos para no reconocer nuestra responsabilidad, para no *sentir* que las desarmonías respecto al amor son lo que causa todo “problema”.

O sea, no queremos sentir la verdad de que las causas están en nuestra alma como emociones, deseos, etc.... y no queremos admitir la responsabilidad emocional, es decir, no queremos ver que:

- si todas esas cosas están en desarmonía con el amor,
- y si son creencias y emociones “falsas” que son “nuestras”,
- entonces, si las seguimos alojando ahí dentro de nosotros vamos a ser antenas de esas cosas, (antenas emisoras hacia el entorno),
- y ello va a tener consecuencias.

Todas esas cosas (emociones, bloqueos...) sustentan nuestras “prácticas desarmónicas”, es decir, el “pecado”. Y como dijimos, es ese error lo que causa todo “problema” en lo personal, en lo “social” y en la relación con el entorno en general –es decir, lo que llamamos “la naturaleza”–.

Y es que la naturaleza, en cierto sentido, es la “madre” que nos “parió”, en el sentido de que las leyes naturales –provenzan de donde queráis que provengan estas leyes– son aquello que permite que unos padres más o menos incautos, tras tener sexo, asistan a “la maravilla de la creación” de, mismamente, un “nuevo” niño, niña... o sea, de un alma “nueva” que se incorpora a “jugar” con los materiales de la dimensión física; de un alma “recién llegada” a un útero para encarnar en sus dos cuerpos: el espiritual y el físico (aunque muchas veces la asistencia a eso, de las personas que asisten a ese proceso y que lo asisten, está mucho menos que maravillada ante tal “fenómeno”).

Aunque –como también vimos muchas veces– en realidad estamos comprobando que, propiamente hablando, al nosotros ser almas, en realidad nuestra “madre” o “padre” es Dios, quien ha creado esas almas, y que es quien ha *creado* las leyes naturales (si se puede usar el verbo “crear” en el mismo sentido en ambos casos).

El amor nunca es dolor, nunca es doloroso

El amor no es dolor.

A veces podemos darnos cuenta –al menos intelectualmente– de que “machacar la naturaleza” duele; nos duele, decimos a veces, en “la conciencia”, en el alma.

² Pues como vimos en unos recordatorios, no habría cambiado nada esencial si nos hubieran dado en adopción, nada más nacer, por ejemplo.

Pero si no queremos reconocerlo, o si ni siquiera estamos cerca de sentir que realmente estamos creando dolor emocional –al menos ya en nuestra alma– al realizar ciertos actos con la naturaleza... y aunque, aún más, nos endurezcamos ante ello... sí que efectivamente duele; es decir, dolerá en la mayoría de casos en que todos esos tipos de “ataques” se hagan de forma objetivamente desarmonica³; es decir, de una forma que está objetivamente en desarmonía con el amor⁴.

Sin embargo, actuamos como si la verdad acerca del “buen cuidado”, del amor, fuera que el dolor es necesario e incluso bueno:

decimos que “hay que ser fuertes”, duros... que “la naturaleza está a nuestro servicio”, etc.

Decimos esas cosas con unas actitudes que promueven el dolor emocional, pero ese dolor de por sí ya nos estaría avisando sobre que, en realidad, eso de que hablamos no es un tal “servicio”, sino una servidumbre, sumisión, que imponemos desarmonicamente a “la naturaleza” (como se la solemos imponer, más o menos inadvertidamente, a todo lo que es “más débil”).

Es decir, en el amor por nosotros mismos, en el cuidarnos, en el querernos (por ejemplo en el “comer bien”)... en el querer conseguir realizar esas cosas bien... hacemos como si la verdad fuera algo así: “oye, es que el trato con la naturaleza conlleva dolor, y conlleva cierta necesidad de endurecerse ante ello”.

O sea: “tiene que haber dolor”... es decir, es natural que el esfuerzo y lo que hacemos “nos duela en el alma”, pues “a quien algo quiere algo le cuesta”, y en ese coste incorporamos tan panchamente cierto dolor emocional de nuestra parte... y cierto dolor físico de nuestra parte y de la parte de otros seres.

El amor no es sacrificio

El amor tampoco es sacrificio.

Pero sigamos con el tema del dolor, para de cierto modo hacer cierto contraste con este tema del sacrificio.

El tema del dolor parece que tiene que ver con una “mirada interna”, digamos.

O sea, en cuanto al dolor, nos las vemos con un “mirar el lado interno”; son estas cosas relativas a cómo nos “afectamos a nosotros mismos”... vamos, a la “autoafección”, si lo decimos en plan pendiente⁵...

Y ¿qué pasa con el lado del sacrificio, hacia qué o hacia dónde apunta esto del sacrificio?

Pero... sigamos con esto del dolor: digamos que estamos girando en torno a nuestra “mirada personal”, por seguir poniéndonos algo pedantescos (en plan, preguntarnos: “¿estamos más o menos doloridos?”). Y esta mirada parece ser un aspecto bien importante de la vida –y por cierto, relacionado con la “autorreflexividad”, por emplear otro palabro).

Tenemos por un lado este aspecto –digamos interno– de la “evaluación” de algo “via dolor”, la evaluación personal, con la *quisicosa* del “¿será que nos duele o no nos duele la cosa?”...

Ahora imaginemos que ya estuviéramos “limpios” de –Dios nos libre– asociar nuestro depauperado amor con el dolor.

O sea, imaginemos que por arte de magia ya hemos sacado de nuestra “concepción del amor”, aquello que asocia amor con dolor; así, ¿habríamos limpiado ya al amor también del sacrificio y de sus diosecillos... o sea, del requisito de sacrificio y de las requisitorias de sacrificio?

3 O “anti-permaculturalmente”, podríamos decir...

4 Aquí, como comentamos en algunos sitios, podríamos probar a sentir por ejemplo nuestra relación con el papel “higiénico”, el que usamos para limpiarnos (en relación, claro está, a los árboles y las tierras, tratados como “recursos”, y por tanto en general gestionadas para sacar papel de forma dañina, “industrialmente”)..., el papel usado en la limpieza de nuestros cuerpos, por ejemplo al hacer nuestras “necesidades” (caca, etc.)

5 Aunque esto no es algo meramente pedante, claro está, sino muy práctico, si tenemos en cuenta la importancia del ánimo, es decir, del alma –deseos, emociones, pasiones, intenciones...–, pues ya vemos, y ya se sabe “desde siempre”, lo “económicamente” importante que es el miedo de las masas... para vender mismamente inyecciones, etc.

En las cosas tocantes a la naturaleza constatamos que validamos o validábamos todos los sacrificios –todos los que nos vinieran en gana– para poder nosotros estar más o menos cómodos, instalados en ciertas inercias más o menos adictivas⁶.

Y es que... por “amor” a nosotros mismos y –ya no digamos, y mucho más justificadamente– por “amor” a “nuestros hijos”, quién no va a sacrificar, *en un quítame allá esas pajas*, tropecientas hectáreas de arbolado refrescante y jugosas praderías (pues qué insulsa, la naturaleza... si además, ya practicamos tan a gusto la brutalidad en mataderos y en eufemísticos criaderos donde torturar animales...).

Así pues, con esto del sacrificio parece que nos encontramos en una cara digamos que más hacia el exterior, como un aspecto que sería el del “dolor hacia fuera”.

Entonces, en “la civilización” parece que se generalizaba la creencia en el *progreso* como algo que requiere sacrificio (en nuestra “relación con la naturaleza”, con el entorno); pero, claro, oye, por cierto... mejor que esos sacrificios sean por parte de los seres más débiles (que no se pueden defender, diríamos): animales, plantas, “ecosistemas”... etc.

El amor no es “justicia”

No es justicia, el amor, en el sentido de que no es “ojo por ojo, diente por diente”; pero así es también como nos dirigimos en el trato con la naturaleza.

Vamos bien pertrechados de cierto “espíritu de justicia”, con que si “la tierra me da o no me da”... con que si “ay, que es que da lo justo para vivir”... (y, por cierto, como sociedad, esto lo hacemos a menudo haciéndole la vida más o menos imposible, claro está, a los “pequeños agricultores” –mostrando en parte así nuestra ley de compensación, donde abismarnos hacia no se sabe muy bien qué usos–).

Es como que hay que luchar para que “la naturaleza” responda, rinda por “el esfuerzo de mi trabajo”.

Y claro está que parece que vivimos todavía en gran medida en aquel lema del...: “ganarás el pan con el sudor de tu frente”; o sea, que ganaremos el pan con el “buen” dolor de nuestra alma; es decir, muy personalmente acompañados del miedo⁷ y de todas esas emociones que, bien atesoraditas en el alma, nos libran a los desperfectos, devaneos y cataclismos que el orgulloso pecado hace rendir a nuestros oficios desmedidos.

Ahí lo tenemos, al pecado, dando sus míseras rentas... en su cortoplacismo sin un aparente término y sin un beneficio con real fundamento –pero bueno, “parece funcionar”–.

No es justicia, el amor, decíamos... pero como Dios sí es justo en otro sentido de justicia (pues su amor divino –ese que no es el amor natural– puede llover sobre justos y “pecadores” por igual –ya que en general no hay “justos”, o si lo son, lo son muy poco en realidad, entre nosotros, es decir, entre la gente todavía encarnada en un cuerpo físico–)... entonces, cuando nosotros queremos ser “más que Dios” (cosa que sucede, por supuesto, las más de las veces; o sea, que es lo normal, si no incluso lo que consideramos como “natural”)... nosotros, decíamos, en esa herida de “auto-suficiencia” con respecto a Dios, nos inventamos una chabacana justicia en plan de *ojo por ojo*, con más o menos notas de venganza... (pero, en general, digamos que es más una justicia *justica*, una *de andar por casa*, con batín y, todavía, si Dios quiere, con ambos ojos... no vaya a ser que nos perdamos la última serie de moda o el vídeo de nuestro favorito youtuber, que tanto pesquis tiene).

6 Vimos algunas cosas elementales –por ejemplo sobre los árboles–, en los recientes textos y audios sobre la humildad y la naturaleza, la humildad y la tradición, o a cuento de la novela de Galdós titulada “Miau” y el tema de la “picaresca espiritual”, etc.

7 Y podemos preguntarnos aquí... ¿para siempre acompañados del miedo? (como quizá quisieran que sucediera, o dirían que sucederá... algunos “señores y señoras muy bíblicos”... me pregunto).

Así que “*ganarás el pan con el... dolor... de tu alma*”⁸; esta sentencia tan absurda (traducción fiel de la otra clásica) ya contiene toda la “sabiduría del mundo”, es decir, toda la sabiduría del pecado al que nos habituamos gracias a las hormas aplicadas en el hogar sobre las almas de los niños, con más o menos ceremonia.

Esa anti-sabiduría, la contenida en esa frase, es contraria a la verdad, es decir, al hecho que iremos comprobando en la experiencia en este camino:

- el hecho de que el amor no es “justo” en el sentido de que no atiende al “espíritu de ganancia” o de “pérdida”,
- ni el amor exige nada a la vida, no le requiere nada exigentemente a la vida (tema del siguiente apartado)... a esa vida dada, regalada, y que por ello es digamos que sinónima de amor... como vida dada por un Dios que es amor –vida dada por la *gracia* de Dios, gratuita; vida que nos es dada en cuanto que almas–

Esa vida, ese amor, no atiende al espíritu de escatimar ni a un supuesto espíritu de protección que en realidad es miedoso –o sea que en el fondo es proteger el miedo–, etc.

Y así pues, y si nos metemos en más descripciones: en contraste con este “espíritu de justicia” parece que tenemos eso que la tradición llama “caridad” (aunque no es menester meterse mucho en definir todas estas cosas, ya que, como se sabe, hay tantas y tan malas interpretaciones...).

El amor no tiene expectativas (no exige, no demanda)

Y a la naturaleza acudimos con cierto espíritu de demanda, más o menos exigentes.

Esto revela una *expectativa* en nuestro ánimo, en el alma; es decir, revela un *miedo* en nuestras almas. Y como todo miedo, eso es algo que no ha sido puesto ahí por “la naturaleza”, pues la naturaleza de las cosas, es decir, lo que podríamos llamar “esencia de la vida” y del amor... sería el *regalo*.

Esa sería la “ley de la vida”; es decir, eso es “ley de vida”: *regalo*, conforme al simple diseño de Dios, ese diseño que tan insultante le puede resultar sentir y constatar, por ejemplo, a una madre o a un padre, si se aplicaron mucho a cultivar por ejemplo la creencia de que “es ley de vida” que los hijos cuiden a sus padres cuando éstos son mayores, etc.

Como regalo que el amor es en sí mismo, el amor obviamente no casa con la obligación.

Y no vamos a cambiar la realidad de la vida, del amor, por mucho que los “niños heridos” que todos somos nos sigamos sacrificando en cualquier altar –familiar o institucional–... en cualquiera de esos altares que tanto nos gusta erigir al pecado (es decir, por ejemplo en los “altares” de ese continuo maltrato emocional que está normalizado en el hogar y que luego se quiere olvidar a toda costa (pero olvidarlo sin sentir nada), en desmedro de la salud individual y “social”).

Dios da la vida sin expectativas; y a nosotros, a su más grande creación, nos quiere dar además su amor divino, ese amor que es distinto al natural y que lógicamente también es sin expectativas, pues parece lógico pensar y sentir que la pequeñez involucrada en el concepto de “expectativa” no cabe en un ser infinito que, además, ha creado todo lo “bueno”, es decir, todo lo amoroso y “verdadero”.

Y si Dios ha creado eso, por cierto, entonces ha creado todo lo que luego nosotros a veces llamamos muy por nuestra cuenta “bello” –con más o menos presunción por nuestra parte–, pues a Dios le debemos la capacidad de sentir (alma), y, por lo tanto, la de poder apreciar la armonía, esa armonía que en el fondo vamos a comprobar *eternamente* que es la señal de cómo Dios, que es amor y muchas otras cosas, es “armónico consigo mismo”, o “en sí mismo”.

Obviamente las “sacrosantas” madres, y un poco menos quizá los padres biológicos, usurpan el

8 Ganarás el “pan”, y ese pan en realidad es en gran medida “pienso”... como el pienso que se da a los animales que usamos en la “ganadería” (“pienso”, o sea, básicamente grano. Y el pan es grano molido y horneado con agua, y poco más).

papel de dadores de vida. Y eso es luego lo que el “espíritu falsamente religioso” quería así como naturalizar como pecado, diciendo que “el pecado es natural” en este mundo, cuando el pecado simplemente es lo normalizado como “comportamiento emocional”, con todos esos comportamientos, esas emociones, que hacemos que las “nuevas” almas absorban desde que encarnan en el útero (ese obligar a absorber ya es de cierta forma un pecado, aunque se vuelve algo aparentemente natural porque la gente “tenemos que seguir naciendo”, encarnando).

Un padre, una madre... más o menos enloquecidos por sus heridas emocionales, pero con todo ello más o menos tapado con unas actitudes más o menos depresivo-sumisas (o incluso “alegremente” orgullosas)... en esa condición... una madre, un padre... a menudo se *extralimitarán*... y harán el papel contrario a la “madre naturaleza”; y de ahí, por cierto, que luego tenemos el surgimiento de “la tecnología” y de sus usos para un gobierno de aparente “control suave”, en esto que viene como a cubrir el papel vacante, el “vacío” creado por toda esta concepción falsa acerca del amor, del cuidado⁹.

La madre o el padre de un niño no da su tiempo como *regalo*.

Es decir, en el hogar, debido a tanta frustración, dificultades (no hay mucho espacio, no se puede saltar, cantar, gritar cómodamente; a menudo no hay naturaleza que nos arrope con su verde, etc.)..., en el hogar, decíamos, es normal actuar al contrario de como lo hace la naturaleza, y Dios..., es decir, al contrario de cómo “nos regalan” la naturaleza y Dios.

Un padre, una madre, a menudo actúan con una actitud de “sacrificio que exige justa retribución”; y la exige, si no directamente al niño o niña, sí a la vida: “la vida me debe” esto, o lo otro... con una actitud más o menos enfadada o victimista, etc.

Ni que decir tiene que esa madre, ese padre, mientras tenga sus heridas emocionales, en alguna medida valorará y validará el *dolor emocional* causado por tener y cultivar todas esas actitudes contrarias a la actitud de regalo (todo ese sacrificio, etc.).

De ese modo, en el hogar se asociarán dolor y amor, y se equiparán entre sí, debido a que cultivamos esa especie de “necesidad” falsa, una necesidad creada por nosotros mismos, muy por nuestra cuenta.

Es decir, cultivamos esa “necesidad” de asociar amor con dolor, amor con obligación, con las consiguientes expectativas (en esa obligación que siempre conlleva dolor emocional o el gesto de retenerlo), etc.

Son necesidades que quedarían de esa manera así como sobreimpuestas a las “necesidades” naturales, es decir, a las implícitas en la mera existencia de las leyes naturales (o sea, implícitas en el comportamiento de esas leyes que nos traen a la vida eventos que muy a menudo no queríamos aprovechar como oportunidades para aprender sobre el amor¹⁰).

Y claro, tras los padres vienen que si las culturas, naciones... con sus religiones, instituciones, tradiciones, sistemas filosóficos o anti-filosóficos... que van así como copiando y prolongando, con más o menos disfraz, esa posición y actitud de las madres y los padres en los hogares.

Lo institucional da continuidad, cultivando de muchas maneras la actitud sumisa de normalización de ciertos grados de pecado, con todo tipo de sugerencias, normas, sugerencias, seducciones, costumbres, regulaciones, dispositivos... con las que más o menos conseguimos disimular un orgullo en realidad nacido en el alma como horma hogareña de emociones heridas, con todas esas emociones y creencias absorbidas en el hogar, donde tan temprano en la vida vamos incubando culpas y vergüenzas por el mero hecho de estar vivos... incubando y asimilando eso por nuestra cuenta –o sea, concienciándonos de “castigarnos” a nosotros mismos antes que recibir más desaprobación del más o menos aterrador “entorno de adultos”–.

Instituciones varias, pues, que nos invitan a seguir poniendo y trasponiendo esas costumbres, normas y regulaciones –las del mundo en general–, superponiéndolas a “la naturalidad de nuestra

9 Como vimos en todos los audios y textos que fui sacando sobre la “supermamá tecnológico-espiritual”, etc.

10 Ver por ejemplo el “recordatorios, 1”: <https://www.unplandivino.net/recordatorios-1/>

alma”, y forzándonos así a seguir más o menos en la fachada e impedirnos liberar el yo herido, para impedirnos por lo tanto ser y desalojar del alma todas esas emociones que, si las expresábamos en el hogar, molestábamos a los sacrosantos adultos, pero que, recordemos, eran algo que las leyes naturales traían como *regalo* a los adultos (esas leyes creadas por Dios, las leyes con su gracia intrínseca), ya que les traían todos esos eventos para que ellos, los adultos, pudieran volver a desear sentir (ser humildes con) sus heridas emocionales, y poder así liberar de verdad la muy sensata felicidad que es nuestro destino –incluso para poder así liberarnos en la verdad de nuestro destino eterno–.

Vivir en el miedo... del desarraigo

Vamos a seguir viendo algo más sobre “nuestros problemas con la naturaleza” en relación con los recordatorios más esenciales vistos en los anteriores textos (sobre el dolor emocional: miedo, etc.), y un poco a cuento del contraste pueblo / ciudad.

Qué genial es empezar a entender por qué hacemos ese gesto tan sano de poder "estar con uno mismo", y sentirse más uno mismo “primero”.

Es eso que a veces se juzga erróneamente como *egoísmo*, cuando se dice que "nos aislamos", etc. (aunque, claro está, el hecho físico de aislarnos se puede emplear de muchas maneras efectivamente muy “egoístas”).

O sea, me refiero al gesto de "estar con uno mismo", de estar con uno "para lo bueno y para lo malo"... "en la salud y la enfermedad" :) ... o sea, así como intentando "casarse" con uno mismo.

Nos referimos pues a un “quererse uno mismo primero”, pero no en sentido “egoísta”, sino descubriendo el "sentido no egoísta" de ello.

Hablamos del empleo que hacemos, de ese acto físico, por ejemplo para aprender a "aceptarse" todas las emociones; pues si no queremos sentir todo lo nuestro, y sin remilgos, entonces es como que tampoco podremos sentir "lo bueno de los demás", por ejemplo.

Y si no queremos sentir lo nuestro, tampoco podremos evitar realmente "lo malo", para por ejemplo evitar ser tontamente “masoquistas” en la vida, etc.

O sea, si no sentimos nuestra esencia personal, no podemos apreciar la esencia de los demás, etc. (y esto sin duda parecen observaciones muy sensatas, que, como casi siempre, derivan de estas enseñanzas tan básicas que estamos viendo).

Y digo "sentir las emociones", todas... ya sea que las juzguemos "malas" o "buenas"; pues todo juzgar, todo condenar, no sería “bueno”, al final, pues con el juicio o condena bloquearíamos las emociones dentro de nosotros, y parece que así nos convertimos en seres "retorcidos" por nuestro gesto de resistencia; "retorcidos" y anclados en nuestro propio ánimo herido; y luego, por ello, somos más o menos envilecidos gracias a esa práctica, y a menudo no queremos ni admitir ni ver lo envilecidos que resultamos o que acabamos en este proceso, gracias a nuestro "comportamiento con las emociones".

Hablamos pues de cosas como cuando constatamos que nos viene muy bien salir de ciertos ambientes: por ejemplo sacarnos físicamente de la convivencia con padres, madres, etc.

Si eso es así, sucedía porque al salir de esos ambientes nos libramos de esas "tormentas de miedo obligatorio", de esas tormentas donde "aprendimos a vivir" en el miedo *como si no pasara nada*, pues los padres, las madres, abuelos... todo el mundo en el "hogar" tenía más o menos normalizado el miedo (e incluso evaluado o validado como un "buen estado de ánimo", como lo que hay que guardar, conservar, atesorar incluso).

Esas tormentas, entonces, serían especialmente peliagudas en el caso de las madres y padres biológicos... y de todos los demás presentes en "un hogar" (del cual hogar, por cierto, los niños a menudo no pueden salir para por ejemplo aprender a "sólo sentir", etc. –no pueden elegir qué hacer, etc.–).

Esas serían, pues, las "tormentas emocionales" bajo las cuales convivíamos cuando estamos aprendiendo lo más básico en cuanto a, digamos, "ser nosotros mismos" (aprendiendo en gran medida, en realidad y en general, más bien a no serlo, o a des-serlo).

Esas tormentas son de miedos, vergüenzas, etc. Y en gran parte son lo que se enseña a aceptar en el hogar como lo normal, es decir, como el estado de ánimo normal (desde pequeños).

Así es como aprendemos y absorbemos cosas, semillas, que están en desarmonía con el amor – cosas en ese sentido “erróneas”–.

Aprendemos a vivir en lo falso o el error que conlleva tener la actitud de esperar que pasen cosas que en realidad no están pasando... o la actitud de vivir como si estuvieran pasando, o como si fueran a pasar en algún momento sí o sí, etc.

Por eso a veces se siente tanta claridad en el ánimo (alma) cuando salimos de "la familia", etc., donde por ejemplo muchas veces una abuela proyecta o bombea sus miedos continuamente –miedos a ser ella misma, etc.–.

O sea, en el ejemplo con esa abuela, son los miedos a atreverse ella a sentir sus “deseos bonitos”, a sentirse a sí misma.

Y sería el miedo de esa abuela a sentir los miedos correlativos a esos deseos bonitos; o sea, los miedos concretos que le impedían precisamente cultivar esos deseos, purificarlos, etc.

Y cultivar efectivamente esos “deseos bonitos” redundará en el bien de todos a la vez.

Por ejemplo, un caso que debe ser muy común es el de los abuelos *desarraigados* de sus pueblos –con más o menos conflicto de desarraigo–.

Van a la ciudad, y se sentirían (es decir, no terminaban de sentir humildemente para poder liberar eso)... se sentirían, decíamos... tal como se sentía en gran medida mi abuela: con cierta desazón por la vida dejada atrás, y –tal como lo veo ahora– por no haber sabido digamos que “combinar” y cuidar, esa vida, así como compaginándola con la nueva vida (quizá, como digo, en este caso de “ciudad frente a pueblo”, donde a veces hay una diferencia muy acusada entre ambas cosas, como sucede aquí).

En esos casos, digo, un deseo muy bonito de esos abuelos podría quizá haber sido, durante años, el deseo de tener una vida en general más independiente, y más reconciliada con “las raíces”, etc.

Por ejemplo mi abuela tenía ciertos complejos –sobre todo al principio, creo– de haberse ido.

Eran “complejos” al parecer también desatados cuando volvía al pueblo, relacionados a sentimientos de “traición”, de cierta “superioridad”... que en parte eran emociones proyectadas por la gente que vivía en el pueblo.

El “deseo bonito” tendría que ver con poder “combinar lo mejor de la ciudad y del pueblo”. Y esto es evidente que podría haber beneficiado mucho a la sociedad en general en muchos casos si se hubiera fomentado, para así irnos ayudando a reconciliar, reparar, regenerar todo lo que en realidad nos pide el alma regenerar... e ir comprendiendo emocionalmente lo que pasa ahora y estaba pasando entonces con respecto a todas estas “desarmonías respecto a la naturaleza” –en el trato que le damos a la naturaleza, etc., del que hablamos más arriba–.

Seguro que, mismamente en muchos de estos casos de, digamos, “desarraigo con complejos”, se constatan con claridad cosas muy concretas. Por ejemplo, que si hubiéramos desafiado más y mejor los miedos, se hubieran cuidado más y mejor algunas casas, tierras, etc.

Por eso digo lo de que cuando uno es “feliz en sus deseos bonitos”, eso beneficia “a todos a la vez”, claro.

Parece que en seguida nos podemos dar cuenta de lo beneficioso que resulta para todos perseguir los deseos más “armónicos”.

Aunque muchas veces la “gente herida” del entorno (con heridas emocionales), interpretará que la gente que se ve feliz, “es egoísta”.

(Este es en parte, y curiosamente, por cierto, el "espíritu de envidia" que se proyecta en algunas

difamaciones hechas a Miller y a su pareja, en Australia, con expresiones como “qué bien viven”, etc. –como si eso fuera malo–.

Son expresiones que nos muestran cómo se usa el ánimo de los lectores que acuden por ejemplo a periódicos sensacionalistas, a leer mentiras sobre las vidas de los demás, etc. (pues hemos constatado cómo se miente sobre las vidas de Jesús y María Magdalena en Australia).

Los lectores confirman así sus miedos, aplicándose a lo que quizá llamaríamos “envidia” y a cosas similares.

[Ya que hablamos de nuevo de Jesús y su alma gemela, recordemos que no existe la reencarnación al uso; es un fenómeno muy nuevo, reciente, digamos (si se pudiera llamar así, reencarnación), y hay unas pocas parejas de almas gemelas más aparte de ellos dos, ya “reencarnadas”]).

Entonces, desde pequeños enseñamos a los niños a que vivir en el miedo es lo normal.

Esos son miedos normalmente infundados.

Son también muchos miedos a simplemente sentirnos a nosotros mismos, miedos a sentir nuestro ánimo (penas y vergüenzas enterradas, etc.).

Y parece lógico pensar que vivir en el miedo no es bueno, sobre todo a la larga.

Vamos asimilando el hecho de que podemos constatar que el miedo es efectivamente un factor principal en cuanto a envejecer, enfermar, etc.

De ahí que, como tanto hemos hablado, sea algo muy usado “por la tele” para vender cosas; o sea, de ahí que sea tan “comercial”, pues el miedo lo hace todo más inmediato, más predecible, más controlable, etc.

Parece, pues, que el estado de ánimo (alma) se deteriora o degrada si nos resistimos a soltar el miedo (temblar, etc.).

Y esto parece lógico, sobre todo porque la mayoría son miedos infundados, o sea, miedos relacionados con cosas que esperamos que pasen, pero sin tener ninguna razón “física” real para esperar eso.

En eso lógicamente hacen presa, cual “vampiros”, tantas industrias de esta sociedad basada en adicciones: aseguradoras, farmacéuticas (que acosan a los médicos tantísimo y que tanto los “tientan”...), etc.

Y es que al nosotros no apropiarnos, al no asumir, al no responsabilizarnos emocionalmente de nuestro ánimo (por ejemplo al no querer temblar o llorar nuestras propias emociones), lo que hacemos es –por lo que parece y estoy comprobando– lanzar fuera las cosas: lanzarlas fuera del ánimo, a que otros se responsabilicen.

Eso es o suena lógicamente “egoísta”; y eso sería en gran parte “la raíz” de lo que luego se llama “egoísmo”, como vimos en estas enseñanzas.

Es como que nos convertimos en antenas emisoras de eso de lo que no queremos responsabilizarnos; y así es como los demás (y los niños muchas veces los primeros... pues ellos sienten más y mejor... junto a los animales, etc.)... así es como los demás, decíamos, y “sin saber lo que está pasando”, se ven como obligados a hacerse cargo de esas emociones que los adultos no queremos sentir.

Y parece que todos hacemos esto mismo en algún grado esto con los demás, así como “sin querer queriendo”.

O sea, es como que todos usamos a la gente como “cubos de desechos” o “basura”, pues arrojamlos fuera las emociones que “son desagradables” (esas que juzgamos, condenamos).

Y de este modo, y de una tacada... de una vez, a la vez..., condenamos:

- tanto el alma o ánimo entero, el nuestro (tanto las cosas buenas en ese ánimo, así como las malas, y no podemos conectar tampoco con lo bueno),

- así como también invitamos a los demás a que hagan ese mismo “gesto interno” de condena (y si son niños pequeños, serán muy susceptibles de aprenderlo, pues son “esponjas” en cuanto a lo que hacemos emocionalmente en la vida).

Este egoísmo vemos que hace que por ejemplo la gente se *aísle*.

Y es muy gracioso ver esto, porque eso “está muy bien” para poder sentir.

O sea, el hecho de aislarse es algo que nos puede servir para “aumentar mucho lo bueno” en nuestras vidas; a menudo nos puede servir para eso, pues ya se dice que la sanación “empieza por uno” (aunque a la vez viene bien atreverse a desafiar miedos para así poder crecer en amor... y viene bien en general la base de aprender a “rezar”, en este camino, ya que estamos comprobando que nuestro ánimo, el alma, fue creada por un ser infinito personal, Dios, que anhela tener una relación de amor con nosotros).

Entonces, qué bonito es poder entender todo esto; o sea, resulta bonito y curioso poder entenderlo como primer paso para “sentir sin miedo”; o sea, como primer paso a dar a veces para atrevernos a desalojar de nuestro “estado de ánimo”, del alma, todo eso, todo ese “mal ánimo” o desánimo que a menudo configura en gran medida las vidas.

¿Las vidas? Sí, estas vidas de más o menos “miseria” que llevamos, aunque tengamos “cosas materiales” (tenidas más o menos adictivamente).

Es una miseria que parece que se debe en gran medida a “vivir en el miedo”, o sea, a vivir protegiendo miedos en nuestro estado de ánimo, pues esos miedos nos impiden ir purificando y viviendo en los “deseos más bonitos”.

Nota sobre la redacción de este texto: literatura y guías espirituales, inspiración, Galdós y cegueras varias

Ahora que estuve liado con textos y audios donde trato algunas cosas “de literatura” (Galdós, Pereda...), haciendo algún experimento mientras puedo leer algunas obras de algunos autores considerados clásicos... veo que cuando me pongo a redactar y ampliar algunas notas es como si quizá conectara con amigos de esos autores, o vete a saber si con ellos mismos –en el mundo espiritual, me refiero–.

Y es que sabemos que los desencarnados, si tienen el alma ya muy crecida en amor, pueden hacer muchas cosas, y muchas a la vez.

Pueden hacer e inspirar muchas cosas desde la dimensión 8, por ejemplo, y si es que alguno de ellos o sus amigos están ahí, y si les mueve el hacer algo para inspirarnos cosas que ayuden a Dios a reparar aquello en que se vieron y se ven involucradas como personas que han influido e influyen en muchas vidas (como literatos que con sus ideas y obras influyeron e influyen o pueden influir en las vidas de las personas, todavía, en la Tierra).

Al pasar las notas aquí, decía –en una parte de lo que al final quedó escrito aquí arriba–, noto claramente que conecto con algo... algo que es como “otra sensación”, un fluir de las palabras diferente.

Entonces, quizá consiga purificar lo suficiente mi alma como para poder establecer una relación más consciente con algunos “guías”, y quizá me dé cuenta de con quién conectaba, y lo podamos contar en alguna de estas veces, en textos o audios –vete a saber–.

En muchas almas nacidas en este territorio español quizá haya interés en reparar –en ayudar a Dios a reparar– todo este desaguizado que se ha montado en torno al uso de los libros, del papel, del lenguaje... en torno a “España” en sí misma, o a la difusión de algunas creencias falsas.

Por ejemplo, Galdós mismo –el narrador de sus novelas– tiene párrafos donde vitupera el “espiritismo”; lo vitupera sin más, así como en general lo harían diversas personalidades influyentes de la época, viviendo en la creencia normal y ratificada por el ambiente (y ello es así fueran o no personas

católicas o religiosas de la religión que fuera... pues mucha gente parece que simplemente ridiculizaba a “los espiritistas”, por norma).

Y por cierto, eso, el fenómeno de la ridiculización, es lo que sucede normalmente cuando la verdad asoma –aunque, por supuesto, asome a veces torpemente y con defectos, pues “nadie es perfecto”–.

Y es que –tal como el mismo Jesús nos recuerda– la verdad suele ser primeramente ridiculizada. Luego nos enfadamos con ella, o en torno a ella. Luego quizá accedamos a investigar algo, o sea, a tener cierta actitud curiosa, sana, o digamos “infantilmente” indagadora sobre esa posible verdad. Y en cuarto lugar quizá podamos aceptarla –si realmente es verdad, es decir, “atiende a los hechos”–.

El caso de Galdós es muy curioso, y apenas empiezo a conocerlo.

Años antes de morir, este autor se quedó ciego (y por cierto, si no fue premio Nobel, parece ser debido en gran medida a que muchos de sus propios compatriotas españoles no quisieron que lo fuera).

Galdós, entonces, dictó las últimas novelas, que son como más “delirantes”.

Sabemos que la influencia de espíritus estaría muy presente en una obra tan abundante, tan inspirada, digamos; y que esa influencia estaría realizada con más o menos uso de las heridas emocionales del alma de Galdós, pues éste estaría más o menos interpenetrado o vinculado a espíritus (desencarnados), como todos en general lo estamos.

Tales espíritus gozarían con él de la creación literaria y, en parte, por lo tanto, del mero orgullo de crear o de sobresalir –y de vete a saber cuántas cosas más... y todo ello más o menos adictivamente, como a todos nos pasa–.

El hecho de quedarse ciego sabemos que –hablando muy en general– sería una señal de que el alma “no quiere ver”, o que el alma “cree” que no va a poder “ver” alguna verdad, alguna cosa, etc.

Por otra parte, las personas que tienen más dificultad con “ver de lejos” tendrían más miedo a ver cosas relativas por ejemplo al destino del alma, o incluso a nuestro destino eterno, hablando nuevamente muy en general.

Y las personas que teníamos algunas dificultades (y dificultades variables, por cierto) en cuanto a “ver de cerca”, nos pasaba o nos pasa algo así como que no queremos “ver” algo cercano; es decir, no queremos afrontar emocionalmente a algo cercano, como pueda ser un hogar, espacios físicos, o algo relativo a la familia, con todos los líos emocionales implicados ahí (ya muy comentados por ejemplo en mi caso personal, y a los que aludo en los recordatorios precedentes, por ejemplo); o no queremos afrontar algo relativo a nuestro propio cuerpo y sus deterioros, etc.

Quizá sea lógico suponer que este escritor, viviendo en las contradicciones imperantes en su época –y heredadas en la nuestra–, no querría atender a la posibilidad del hecho de la influencia continua de espíritus, de esa influencia a la que estamos todos sometidos sí o sí... de unos espíritus que ayudan, sí, y que son personas igual de amadas por Dios que nosotros, pero que a menudo ayudan más o menos desarmónicamente con el hecho de que el libre albedrío es un regalo y que todos somos iguales en ese sentido.

Es decir, si los guías espirituales son desencarnados de los caminos del amor natural, estos son más proselitistas y abundantes en número que los que tienen amor divino en el alma y saben que lo tienen (que podríamos llamar “los del camino del amor divino”).

Así, los espíritus de los caminos del amor natural son menos respetuosos con el regalo del libre albedrío, y por tanto menos respetuosos con la cualidad esencialmente única de cada alma; pues estos espíritus en general hacen que sean más bien sus objetivos los que prevalezcan frente al “objetivo” más armónico que sería en general el de acompañar a las almas guiadas por ellos, a nosotros, en nuestro desarrollo como almas –es decir, en el desarrollo de nuestros deseos puros y únicos, etc.–.

Quizá Galdós tampoco quisiera afrontar emocionalmente la vejez.

Y quizá tampoco quisiera afrontar la visión de lo que estaba contribuyendo a llevar a cabo con sus afanes en política; aunque estos afanes eran pese a todo no muy afanosos, por lo que sé; es decir, esa no sería –creo– ni mucho menos su tarea fundamental, su pasión; y es que, eligieran el bando que eligieran, las personas de aquella época estaban participando en traer la debacle que posteriormente reinaría en España, abocada como estaba al brutalismo de la “guerra fratricida” –como se suele decir de la guerra civil del 1936–..., etc. (e igual que hoy nosotros participamos “sin querer queriendo” en los destinos “físicos” de las generaciones... para bien y para mal, haciendo la vista gorda al brutalismo de nuestra participación en tantas cosas sucias: guerras, guerra contra los cuerpos hecha por las farmacéuticas, etc.).

Y valga un recordatorio sobre la condición de ceguera física como un caso particular de *causalidad*, o sea, del alma como “lo causal”: La condición de ceguera, si la tenemos desde que somos más pequeños, habría que “indagarla”, comentarla, en relación a las heridas emocionales de los padres, y la atracción consecuente (la atracción de desencarnados muy pronto, en esas heridas, etc.).

Algo del vocabulario usado y definiciones que puede venir bien repasar

Las siguientes definiciones (tomadas en general del diccionario “d.r.a.e.”¹¹, y algo modificadas) no cubren todos los significados de los términos (es sólo para ilustrar posibles usos de los términos empleados en algunas partes de este texto):

- *conciencia* (“*a conciencia*”): ‘a conciencia’ significa intencionalmente o a propósito, pero también con mucho detenimiento o mucha atención, con todo el esfuerzo necesario.
- *casa* (“*de andar por casa*”): ‘de andar por casa’ es algo hecho así como de poco valor, con poco rigor...
- *desmedido*: fuera de proporción, que está falto de medida, que le falta o no tiene término.
- *escatimar*: recortar, mermar, disminuir o escasear algo que se ha de dar, o algo que se ha de hacer, contrayéndolo, reduciéndolo, encogiéndolo todo lo posible.
- *extralimitarse*: actuar con exceso cuando usamos nuestras facultades o atribuciones; también es actuar abusando de la benevolencia de los demás.
- *horma*: molde con que se fabrica o da forma a algo (zapatos, sombreros...).
- *paja* (“*en un quitame allá esas pajas*”): con esta expresión se da a entender la facilidad o brevedad con que uno puede hacer algo.
- *pesquis*: cacumen, perspicacia, agudeza.
- *presunción*: relativo al verbo presumir, se refiere a la cualidad de ser jactancioso, orgulloso, etc.
- *quisicosa*: objeto de una pregunta, o enigma de pregunta, que es muy dudosa y difícil de averiguar.
- *requisitoria*: se dice de un despacho o de una carta; es algo que un juez emplea para requerir a otro que ejecute un mandamiento suyo (*en el texto uso la palabra así como aludiendo –claro está– a un Dios que falsamente es tenido por un exigente juez, un juez al estilo humano... y cosas así*).
- *retribución*: pago o recompensa por algo.
- *término*: extremo, o límite, de algo inmaterial.
- *trasponer*: poner a algo, o a alguien, más allá... en un sitio diferente del que ocupaba.
- *uso*: hábito o costumbre.

11 Diccionario de la Real Academia de España: <https://dle.rae.es/>